

Así nacimos (épica y antiépica en la literatura costarricense)

Rafael Pérez Miguel

Universidad Nacional

Es doctrina común entre los historiadores costarricenses que el siglo XIX y los comienzos del XX, en términos generales, se caracterizan como el período cuando Costa Rica desarrolla sus bases económicas, políticas, sociales y culturales. Más aún, se admite que durante las dos últimas décadas del siglo XIX culmina el proceso de consolidación del Estado costarricense. Según ello, el siglo XIX no fue un siglo literario; fue un período eminentemente político en el que la organización de la República monopolizó todas las fuerzas.

Se ha señalado en repetidas ocasiones la ausencia en Costa Rica de guerras y grandes movimientos independentistas que agitaron y dieron impulso a América durante los siglos XVIII y XIX, debido, entre otras causas, a la pequeñez geográfica y a la pobreza del país. Según ello, entre nosotros no hubo luchas indígenas contra los conquistadores, no hubo batallas contra los zambos mosquitos y los piratas ingleses, y hasta la Campaña Nacional del 56 se minimiza hasta casi convertirla en una escaramuza, como si las grandes epopeyas históricas se definieran más por el catálogo de las naves y los muertos en las batallas que por el espíritu nacional que las anima.

Se ha repetido una y otra vez, siguiendo a Abelardo Bonilla, que la literatura costarricense nace entre los años 1890-1900 con el realismo, movimiento que, según los críticos, ha marcado la tónica en

la producción de la narrativa nacional. De esta manera, la producción romántica costarricense se desconoce y se ignoran a Manuel Argüello Mora y a Manuel de Jesús Jiménez. Según los críticos, la organización de la República y sus instituciones monopolizó todas sus fuerzas; no hubo tiempo para la creación literaria.

También se ha dicho que fue "en esa época de gestación de la República cuando Costa Rica vivió el momento más épico de toda su historia y vio aparecer su primer héroe nacional: la guerra victoriosa contra William Walker y sus filibusteros (1856-1857) en la cual se distinguió por su valor el humilde alajuelense Juan Santamaría". A pesar de ello, siempre ha sorprendido a propios y extraños la poca importancia que ha tenido este hecho en la literatura nacional.

En su contra, se ha señalado también que las páginas de Manuel Argüello Mora y de Manuel de Jesús Jiménez "constituyen una verdadera epopeya, un canto a los héroes del 56 y, a la par, un canto al pueblo". Por ello, no podemos acercarnos a sus obras suponiendo *a priori* que en Costa Rica no se han dado movimientos épicos¹.

La mitología oficial ha tergiversado el concepto de épica. Ha inventado el mito de que no cabe entre nosotros —pueblo amante de la paz—, porque la identifica con las batallas, suponiendo que su esencia es la guerra y olvidando que la *Ilíada* es un canto a la paz, es una rapsodia a la vida del pélida Aquiles, que rechaza con su cólera el acercamiento a la muerte decretada por la implacable Moira; que el *Poema de Mío Cid* no es, en su esencia, una lucha entre moros y cristianos, sino la plasmación poética del ser de la nacionalidad castellana; que la *Eneida* no es la lucha entre extranjeros y nativos, sino el canto al nacimiento de un imperio. Muchos pueblos se han formado como nación soportando un proceso épico hasta conformar su identidad. Algunos de ellos, al formarse, simultáneamente han creado su poesía épica. ¿Cómo nació Costa Rica? ¿Cómo se fue conformando?

1. Se hace referencia a Manuel Argüello Mora, «Elisa Delmar», en *Obra de Manuel Argüello* (San José: Editorial Costa Rica, 1960) y a Manuel de Jesús Jiménez, «Honor al mérito», en *Cuadros de costumbres* (San José: Tipografía Nacional, 1902).

¿Qué es lo que nos distingue? ¿Hay en nuestro origen elementos épicos? ¿Febo Apolo, irritado en su corazón, con su arco y carjal a sus hombros, no tiró su flecha produciendo la peste entre nuestro pueblo?; ¿entre nuestros capitanes nunca se han dado querellas —solo consenso— que disolvieran las juntas?; ¿en nuestra historia patria nunca ha habido necesidad de realizar catálogo de las naves?; ¿entre nosotros jamás ha habido Elenas bellas raptadas por amor, ni *aristías*, ni luchas junto a las naves, ni muertes de Patroclus amigos, ni funerales después de la batalla? ¿Quizá no conozcamos alguna Dido presa hace tiempo de grave cuidado, abrigando en sus venas heridas de amor y consumiéndose en oculto fuego?

Nuestro primer objetivo hoy es mostrar que *Elisa Delmar* más que un relato es un canto épico, primera tentativa por fundar simbólicamente una República conforme a los ideales nacionales, según los preceptos románticos: combinación de una trama sentimental y un episodio histórico lleno de violencia con un fin trágico: la ejecución de Mora y del General Cañas, héroes nacionales en lucha contra los filibusteros, que pocos años antes desfilaron bajo "los arcos triunfales" ante la patria que tocaba "los claros clarines", señalando el abuelo "los héroes al niño", "oro y hierro, el cortejo de los paladines".

Pero además de mostrar la existencia de la épica —entendida como proceso de formación de un pueblo— queremos presentar a *Elisa Delmar* como un relato que subvierte los cánones de la épica clásica: una antiépica en la que, además de presentar un pueblo contra el invasor, se observa una nación dividida fusilando al mismo que años atrás le cantaron la «Marcha triunfal».

Nuestro segundo objetivo fundamental es mostrar que *Honor al mérito*, de Manuel de Jesús Jiménez, es un canto épico al estilo costarricense. Pretendemos así hacer un estudio de nuestra historia patria con el objeto de dar tributo justo a los héroes del 56, a veces olvidados, a veces ridiculizados o por lo menos minimizados.

Pero además de presentar la Edad de los Héroes al estilo de Hesíodo, queremos mostrar el texto *Honor al mérito* como un relato

que subvierte los cánones del modelo clásico al presentar paradigmáticamente una Edad de Oro. Dos edades que en el texto clásico siguen un proceso lógico-cronológico, en el relato costarricense se funden formando una sola edad: el cronos costarricense de 1850-1870.

El texto *Elisa Delmar* se abre con una obertura performativa, que descronaliza el hilo histórico para restituir el tiempo mítico de las viejas cosmogonías. El inicio del relato presenta una estructura triangular, que debe ser leída según el código clásico que atribuye a los dioses —Elisa y Cañas— las cualidades de bondad, belleza y certeza. Así se constituyen en los modelos de héroes costarricenses, en el paradigma de héroe mitológico. Afirmar entonces que Elisa es nuestro río, nuestro mar, nuestras flores es identificarla con Venus, Palas Atenea, Dido. Es la madre Tierra. Síntesis no de la mujer ángel sino de un ángel bello que arrastra la condena de ser bello y ser sujeto (instrumento) que ejecuta el castigo del héroe. Elisa es entonces ángel de muerte asexuado, castrado, víctima expiatoria, al estilo romántico de la época. Afirmar, además, que Cañas es el paradigma es identificarlo con el gran "río torrentoso" que rodea la Tierra con su poderoso brazo y humedece toda la naturaleza dándole vida. Es compararlo con el Océano, el principio de unidad, circular, infinito, del que todos los ríos nacen de su fuerte corriente. Es compararlo con Apolo, belleza perfecta, con Ares, el dios de la virilidad, el sumo atractivo de la mujer. Señalar que Cañas es nuestra obra perfecta en contraposición de Elisa es saltar de lo ficticio a lo histórico, de lo verosímil a la realidad histórica, poniendo en pie de igualdad el relato y la historia.

De esta manera, el mundo textual de *Elisa Delmar* se estructura inicialmente en dos espacios opuestos: uno idílico, de sosiego, de jardín edénico, con Adán-Cañas padre y Elisa-Eva madre en el centro conformando la pareja ideal. Es la visión de la razón, del orden, del amor, visión apolínea de la realidad. El otro, "torrentoso", roto; es la visión de la sinrazón, del desenfreno, de la guerra, visión dionisiaca de la realidad. Así, al estilo romántico, *Elisa Delmar* es un relato en el que se conjugan el romanticismo con un crudo realismo. Por un lado, una

historia de amor; por el otro, la narración del epílogo de la epopeya nacional de Costa Rica contra William Walker y sus filibusteros.

La situación final del relato está proporcionada en el «Epílogo» del texto. Decir epílogo es decir post-historia, no historia. Por eso, el final es esperado, anticipado desde el inicio. El texto más que un lento *striptease* de la realidad, es un pretexto para ilustrar verdades y hechos *a priori* conocidos por el narrador y el lector.

Asegurar entonces que el final es un epílogo, es señalar que ya no hay amor, ya no hay guerra. En esta no-historia solo quedan, por un lado, cadáveres, camposantos, restos, urnas, panteones, cruces de madera, sepulcros y Elíseos "serán tal vez los potros de bárbaros atilas o los heraldos negros que nos manda la Muerte"; por el otro lado, hermanas de caridad pálidas y demacradas. Toda una serie de signos que remiten a la muerte: Cañas y Mora están muertos, Berta está muerta, Villalta está muerto, y Elisa, a pesar de que "hoy ignoramos si vive o ha volado al Elíseo a juntarse con su padres", también está "muerta". Solo escuchamos los lentos compases de una pavana para una princesa difunta. Al final solo queda la patria con sus cuatro puntos cardinales: "al saliente las cumbres del Monte del Aguacate, al poniente las azules aguas del Golfo de Nicoya, al norte los manglares referidos y al sur, en lontananza, el grande Océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre".

La mayoría de los pueblos en sus historias míticas o hacen regresar al héroe cargado de despojos que arrebató al enemigo, o lo matan en el campo de batalla luchando en feroz *aristía* con un contrario: Héctor mata a Patroclo, Aquiles a Héctor, Paris a Aquiles, el Cid al moro... Algunos de ellos veneran a la Tierra-Madre, generadora de hijos cada primavera, para pagar a los dioses el "cruento precio exigido para que haya un nuevo júbilo de retoños y de espigas". El pueblo costarricense al héroe que viene triunfante lo mata, lo fusila; a la heroína, al estilo romántico, la castra.

Entonces, en la situación inicial del texto se anuncia la retórica del amor y de la guerra; al final, todo cesa: el amor y la guerra no

existen. En el medio se analizan, se descubren los momentos a través de los cuales se llega a la destrucción del amor y del odio: cada parte del texto es una conducta estereotipada, nacida de la repetición secular de las mismas experiencias. *Elisa Delmar* así no es más que una ejemplificación del paradigma primero en el que se desarrolló la primera guerra y el primer amor. Sin embargo, el relato de Argüello Mora está impregnado de la práctica social costarricense dentro de la cual el amor y lo épico adquieren connotaciones específicas. Todo referente anterior soporta un trabajo de transformaciones antes de codificarse en la estructura textual. De esta manera, se puede analizar en el texto cómo la huella del discurso mítico remodela el discurso costarricense y viceversa.

Así se pueden observar en el texto dos isotopías básicas, producidas por condiciones históricas concretas: el amor, lo romántico, y la guerra, lo épico, lo histórico. Desde luego que el texto enfatiza cuantitativamente en lo romántico, pues en Costa Rica la guerra siempre se la ha tomado como adjetivo. Lo que predomina en el texto es el amor imposible, el amor romántico.

Todos los pueblos se han formado como nación y muchos de ellos, al formarse, han creado su épica: Costa Rica nace como República con Juan Rafael Mora Porras. Desde entonces Rivas es el símbolo de la victoria de todos los valores nacionales, y La Angostura en Puntarenas el símbolo de la traición, de la primera guerra fratricida que tuvimos que soportar en nuestra historia. Este paso del arco triunfal al patíbulo en pocos años era corriente en una época cuando súbitamente se pasaba de una dictadura a otra dictadura, de una Constitución a otra Constitución, de una a otra lucha entre conservadores y liberales, en un momento cuando las naciones americanas buscaban edificarse como nación. *Elisa Delmar* es una filosofía de la historia, el paradigma primero de nuestra historia, constituyéndose así en el espacio y el tiempo mítico costarricense que nos proporciona el *illud tempus* y el *illud locum* de todos los "serruchazos" históricos posteriores a todos aquellos que hayan osado contravenir el "consensus nacional". Es el espejo épico-antiépico donde hoy no debemos mirarnos.

Ahora bien, si *Elisa Delmar* es sobre todo el modelo de nuestra antiépica, *Honor al mérito* es el paradigma de nuestro sentido de lo epopéyico. La Edad de nuestros Héroes narrada por el cartaginés Manuel de Jesús Jiménez está enmarcada por la Edad de Oro costarricense (1850-1870), presentada esta en el discurso a través de un ensayo que va a servir de introducción y conclusión al cuento de la llegada de los héroes del 56 a San José y a Cartago con una gran fiesta de recibimiento. De esta manera, al insertar en el texto la Edad de los Héroes dentro de la coordenada temporal de la Edad de Oro, las dos edades coinciden cronológicamente en el relato: la Edad de Oro corre paradigmáticamente con el canto a "las glorias de Costa Rica", que vuelven victoriosas del campo de batalla. Pero, al estar narrado el cuento dentro de una estructura ensayística cíclica, da la sensación de un doble tiempo: la narración de la vuelta de los soldados y su recibimiento lleno de cronología, y la presentación de la tesis sobre la Edad de Oro concebida como la Edad Mítica, sin tiempo. De ahí la sensación del relato como de un cuadro donde los hechos están enmarcados dentro de una estructura atemporal.

Entonces, la segunda parte es un "nostos" de los héroes costarricenses a su patria después de haber peleado contra el enemigo en tierra extraña. Es un epinicio que canta el aeda para que los hechos de entonces no sean olvidados. Es el tributo de un pueblo a sus héroes, que vertieron su sangre por una nación recién nacida y ya amenazada. Es una epopeya campesina en la que el labrador deja su arado y empuña el fusil en una edad cuando la Tierra-Madre era pródiga con todos. Este epinicio narra la fiesta nacional dedicada a los soldados que regresaban victoriosos de Nicaragua.

Es curioso observar que toda la ruta se abre con la primera Proclama que hace el presidente Juan Rafael Mora Porras a los costarricenses ante el peligro del invasor, incitándoles a preparar las armas, y se cierra con el discurso de bienvenida del mismo Presidente, en los que universaliza una serie de valores hasta convertirlos en el sistema de valores nacional.

Este viaje funda el cronotopo idílico costarricense, fundamento para la formación de la nacionalidad: la Campaña Nacional militar, las Proclamas de Mora dirigidas a un pueblo de trabajadores y propietarios, a una sociedad pacífica y progresista que se siente amenazada, establecen un espacio y un tiempo míticos, estado original de la patria. Se conjugan así en el texto la Edad de Oro y la Edad de los Héroes, el cronotopo idílico familiar y el cronotopo heroico. El discurso que intenta fundar a Costa Rica como patria aparece insertado dentro de una visión de patria como familia.

La guerra del 56 exigió patriotismo y el regreso de los soldados provocó una verdadera exaltación nacionalista. La fiesta cívica que se realiza para festejar se presenta como un festejo familiar, doméstico, conformando un cuadro idílico de patria. Aquí la familia opera como elemento cohesionante, como cuadro de equilibrio e inamovilidad en el que se respeta el orden y en el que reinan la razón y el trabajo. En el texto todos son hermanos, incluso los extranjeros.

La familia opera entonces como una fuerza centrípeta que atrae todo hacia sí hasta integrarlo en su mundo. Esta endovisión hacia dentro y esta retrovisión hacia atrás, hacia el pasado, establecen el "ser original", la Edad de Oro, y el Epos, la gesta, la Edad de los Héroes, paradigmas primeros de la idiosincrasia costarricense. En realidad, el viaje entonces es una vuelta hacia la nación, hacia la familia, hacia el hogar, en donde residen nuestros valores: "¿Queréis encontrar, oh posteridad, nobles acciones y buenas costumbres en Costa Rica? Buscadlas en el hogar, en la vida de familia...".

A diferencia de la épica clásica que canta al héroe particular que vuelve vencedor, la épica costarricense no solo olvida al héroe individual —Juan Santamaría— sino que canta al pueblo. La historia se relata mediante un episodio perteneciente a la vida no de un individuo sino de un pueblo. Se postula un relato en que se imponen las reglas de lo colectivo, unidad que aglutina a todos como un todo nacional.

La fiesta cívica de recibimiento en San José y en Cartago es un auténtico carnaval, un festejo doméstico, familiar, en plena plaza

pública, donde las relaciones jerárquicas se suprimen en un contacto libre, donde las relaciones militares se confunden con las familiares. Pero dentro de esta concepción carnavalesca de la vida, en el texto costarricense no caben ni la eliminación de la etiqueta ni la excentricidad ni mucho menos la obscenidad ni la mezcolanza grosera. Aquí reina el respeto, el orden, el valor social. Por eso, el relato, como en las fiestas saturnales, mantiene el retorno efectivo a la Edad de Oro: "Trocad el fusil por vuestro arado". Esa es la ruta eterna para el costarricense. Ese es el valor que nos distingue.

Al final del texto —y de la vida— todo acaba: Terpsícore ya no danza, no se habla ya más del amor ni de la guerra, ya no suena el vals «El Palacio» ni la marcha «Santa Rosa». Solo quedan la oscuridad y el silencio. Fin de la fiesta, fin de la vida, fin del texto. Solo queda la "estela luminosa de su paso...". Y para comenzar de nuevo, hay que releer. Solo así en Costa Rica habrá esperanza, pues *Honor al mérito* es lectura *sine qua non* para comprendernos. Es el espejo hablado que nos refleja de dónde venimos y por el que sabemos adónde vamos, pues en esta nación de espejismos descifrar sus pergaminos y todo lo escrito en ellos como irrepitible desde siempre y para siempre nos salvará con una segunda oportunidad sobre la Tierra.